

LA ISLA

Rosibel Morera

AMANECÍA. ABEL, EL REY, caminó una vez más hacia el balcón. A lo lejos, a su extrema derecha, las aves mortuorias se cernían también sobre el reino de Cain, con quien había hablado anoche por primera vez.

Perdidos ya los límites que no eran otros ahora que un diámetro imaginario, entremezclados los reinos y las casuchillas desteñidas de madera y palma, los buitres negros planeaban sobre ambas ciudades que se extendían en grandiente cubiendo, como un solo animal grisáceo, toda la isla. Al final, a su izquierda, un peñón único, un cono verde, se levantaba enhiesto con los últimos árboles que había podido rescatar a la voracidad de los pobladores; el último verde termeroso que se elevaba hacia el cielo celeste y contra mar.

Había mascullado su entrevista con Cain toda la noche, sin dormir, esperando el amanecer que apenas subía con el sol extrañamente rojo y los bordes de la aurora extrañamente negros de nubes y de buitres convocados anoche por ellos dos. Allí estaban, obedientes, viniendo en bandada sobre la isla, confundidos con los jirones oscuros de la aurora. Pronto empezaría la matanza.

El era un sobreviviente. Así estaba el pueblo a los que lograban vivir tanto. Ciento veinticinco años atrás, cuando apenas tenía nueve, eran escasos los techos de palma que podían contar desde allí. Pero su padre había empezado la guerra de poblaciones contra los cainitas, la guerra de reproducción, y éstos habían respondido en igual forma: Las mujeres parieron aquí y allá año tras año, y sus hijas y las hijas de sus hijas también, año tras año, y desde hacía diez no había sitio para sembrar, allí, donde los abelinos; ni para pastorear ni cazar, allá, donde los cainitas; ni madera, ni piedra ni palma para construir más casas. Entonces Abel se vio en la obligación de llamar

y conversar con su enemigo.

Cain había entrado con su manto de pieles y su enorme estatura, el pelo y la barba entre negros y grises enmarcándole, como a un zorro, sus ojos terribles. El rostro de los comedores de carne, pensó Abel, porque así se lo habría dicho su padre, al oído, de estar allí.

-Padre, ¿cómo son los cainitas?-había preguntado más de una vez-. Son malos, matan para comer, matan siempre-había respondido Abel, su abuelo-. Hace mucho, mucho tiempo, querido, -le contó Abel, su abuelo-, el primer Cain golpeó al primer Abel con una quijada de burro, y luego lo dejó sobre una roca para que se lo llevaran los buitres. Desde entonces nuestros pueblos son enemigos.

Abuelo y padre le explicaron que los cainitas eran grandes y fuertes, cubiertos con la piel de los animales que mataban, de colmillos largos y filosos como los del lobo, hechos para rasgar, para romper la carne que comían. Y entonces él, abelino pequeño, se tocaba sus dientes y comprobaba que eran planos y lisos porque comían verduras, cocos y frutas.

Y por fin esta noche los había conocido. Se habían parado frente a frente, sin rozarse, sin ninguna señal de amistad ni cortesía entre ellos. Cain se hizo acompañar por una de sus hijas y Abel por uno de sus hijos.

Un olor a curtiembre, a cuero de animal puesto a secar, recrudció en la habitación cuando entraron los cainitas. Era el mismo olor que ocho años atrás entró por la ventana el día que alguien por primera vez asesinó a una mujer para comérsela. Era el mismo olor que ahora impregnaba toda la isla. Antes de eso la brisa traía aromas de perfume porque las hierbas entre los abelinos constituían su poder y su secreto.

Por eso había conversado. Allí, en aquel salón desde donde, rota el alba, veían ahora la bandad convocada por ellos cernirse sobre la ciudad. Con dos de sus hijos como testigos, sentados a un metro escaso de las paredes, unos frente a otros sobre cojines de algodón sin tintura,

porque las hierbas para teñir había mucho que habían desaparecido, habían recordado la historia de la Isla, y se habían refugiado uno al otro, parcamente, los acontecimientos mayores. Los hijos escucharon las verdades que algún día heredarían: Que los reyes tienen poder sobre el destino de sus pueblos exactamente como si los pueblos les pertenecieran. Y que lo único que quedaba por hacer era ordenar una matanza. Al menos, de la mitad de la población. Y salar para guardar, mientras se renovaban las siembras, la carne de los muertos que se pudiera, y los demás, al mar. Que había que demoler las casas de los alrededores, dijeron, y ampliar terrenos desde la periferia. Guardar la madera y la caña así obtenida bajo techo, para futuras reparaciones. Después sembrar. Comida y árboles. Y ordenar la limpieza del río de la basura y del río que lleva el agua a las poblaciones. Y ordenaron y planificaron, y por último proyectaron futuras reuniones. Porque podían ser enemigos, dos reyes y dos pueblos, pero algunas cosas, como el hambre y los ríos, tenían que ver con toda la isla.

Vivió en palacio siempre con sus trescientos hermanos. De niños jugaban con pelotas de algodón y de palma en festivales que duraban varios días. Entonces aún se sembraban los amplios valles y las colinas casi hasta la orilla del mar, y la orden divina que se cumplía era procrear, porque aún se buscaba poblar la Isla y tener más soldados y más sembradores que los cainitas Occidente.

Oponiéndose a la Iglesia, y entre sus primeros mandatos, él había eliminado las festividades en las que las mujeres pedían a los dioses quedar embarazadas y donde se les permitía ser tomadas hasta por cinco hombres para garantizar la preñez. Desde que recordaba, la población se había duplicado, y otra vez duplicado. Los cainitas, por su parte, temerosos de disponer de menos soldados, también habían hecho partir con embrujos a sus mujeres año tras año. Y Cain, el Rey, no había querido frenar los nacimientos porque temía a los dioses.

Desde hacia diez años la Isla reventaba. Reventaba de basura, de ríos secos y de tierra arrasada. Nada producía, ni el ganado de Cain, ni los sembradíos de Abel, porque la sequía no produce. El Agua es la Madre, enseñaron siempre las parteras que traían a los niños entre charcos de agua y sangre.

Si fuesen dioses, Cain y Abel habrían ordenado enfermedades y pestes para diezmar la población de la Isla, de aquella redondez que flotaba solitaria y aislada en aquella inmensidad celeste. Pero eran hombres, y sólo se llevan a los más jóvenes. Una matanza. Y eso había ordenado.

Abel se alejó de la ventana. La aurora es negra y maloliente, se levantaba despaciosa sobre los techos de palma.

Demetrio el Consolador, el que alguna vez aconsejó al rey Abel cuando éste aún no lo era, cuando era apenas un cuarentón temeroso de morir como todos los que descubren sus primeras canas y sus primeras arrugas en los espejos del agua; como todos los que ven morir a sus padres, envejecido irremediablemente lo que alguna vez fue fuerte y hermoso; como todo el que envejece por primera vez; Demetrio el Consolador se asomó al boquerón de su cueva para contemplar el alba. Abajo, la ciudad planeada de buitres. Se horizó. La muerte amenazaba toda la Isla. Nerviosamente buscó un refajo de hojillas verdes atado a su cintura y las mascó de prisa. La hendidura abierta en su cabeza por el temor, se cerró de golpe. Miró de nuevo. Oscuro el cielo. Como si la noche se hubiese detenido. Dominó el miedo. Un consolador profesional como él no debía permitir que el temor más viejo de los hombres, el temor al hacia dónde los llevaban los buitres, lo invadiera.

Tragó la saliva verde. Su viejo maestro le había enseñado que un buen profesional permanece impassible, sentado en su silla, con la cara fija, sin reír o entristecerse por las historias que le cuentan, hasta convertirse en un espejo plano, donde el enfermo hablador ve rebotar una a una sus quejas.

Se dijo que una bandada tan grande podría

llegar fácilmente hasta su cueva. Pidió ayuda a su mujer y juntos corrieron el grueso tablón de la entrada. Adentro contó las velas y la comida, y supo, contándolas, que en dos semanas a lo sumo entrarían allí los buitres.

Abel el Rey miró de nuevo hacia su izquierda. En el peñón del sur la cueva de Demetrio el Consolador permanecía cerrada. Recordó las dieciséis veces que lo visitó. Tenía entonces treinta y nueve años y su padre, cinco de estar en cama. Durante tres meses, noche a noche, hacía guardia para espantar personalmente a los buitres que en la madrugada, cuando su padre volvía del mundo de los sueños y la luna se ocultaba en el horizonte como una barcaza blanca que lo hubiese llevado y traído, dos aves mortuorias intentaban llevárselo. Cuando por fin se lo llevaron, ya él había aprendido a dominar el miedo.

Yo puedo hablarte de un dios -había dicho Demetrio para consolarlo-, pero no es a mí a quien corresponde hacerlo. Llama a alguno de los fundadores religiosos, aún quedan algunos vivos en la Isla. Yo sólo puedo decirte que los buitres están allí, y que no, no los imaginas. Que ser llevados por ellos es la condición del hombre. A lo sumo puedo aconsejarte lo que nuestros padres: que no haya carne en tu mesa para que el olor de la mortandad no los atraiga. Que tus ventanas permitan el aire puro y que subas y bajas montañas, porque los cuerpos fuertes parecen alejarlos. Pero nunca podrás evitarlos del todo. Sólo retrasar la fecha.

Cuando Abel fue Rey, envió por Yumi, el creador de la religión más difundida. Predicame, le dijo.

-Yo enseño poco, señor, le dijo. Yo enseño que los buitres llevan los hombres a otra isla no muy lejos de aquí.

-No existen otras islas, Yumi respondió él-. Nuestros padres y nosotros mismos lo hemos investigado. Hay sólo mar e inmensidad rodeándonos. Nuestra Isla flota sola. No hay otro lugar adonde irse.

-A mí me fue revelado -dijo Yumi.

-No mientas -dijo el Rey-. Amí me puedes decir la verdad.

-Me fue revelado, señor. Es lo que debo decir a los hombres y tú eres hombre

-Te mandaré azotar.

-Agradecerás que yo esté dispuesto a morir por esta verdad.

Abel lo mandó colgar en un madero hasta que se lo llevaron los buitres.

Conticú fue más sincero con él. Con diez azotes le confesó que, viendo las ricas ofrendas que los pobladores llevaban a Yumí, había decidido inventarse su propia fábula. Los niños que nacían en la Isla eran los mismos hombres que habían muerto en ella. Los buitres llevaban a los difuntos al mundo de los sueños para que desde allí pudieran ingresar en los vientres de las mujeres de nuevo.

-Te lo has, pues, inventado.

-No lo sé, señor. Es lo que se me ha ocurrido comiendo cunicumi y ayunando.

-No te lo han dicho, pues, los dioses.

-No lo sé, señor. He buscado una idea para predicar como el Yumí, y esa es la que he encontrado.

-Y estás dispuesto a morir por ella...

-No, señor. Si quieres que diga otra cosa, la diré. Pero recuerdo tus dieciséis conversaciones con Demetrio el Consolador. Ni los reyes están exentos del temor a la muerte. ¿Qué mal hago yo, entonces, viviendo bien y confortando a los hombres?

-A mí no me has confortado. Vete de aquí antes de que te mande colgar.

Se alejó de la ventana. La aurora no avanzaba, porque los buitres, recortados como jirones, obligaban la noche.

El olor de Caín aún permeaba la habitación. No era más que el olor creciente de la ciudad desde hacia diez años. Olor a muerte diaria. Olor a la mesa de todos que desde hace ocho años sirve carne humana. Nadie dice de dónde proviene. Nadie pregunta. Cada casa tiene su proveedor, cada cocina. Hace dos semanas llegó carne por primera vez a la mesa del Rey, y desde hace dos semanas el Rey no come.

Volvió la espalda. La voz del relatos se escuchó en el pasillo. Había empezado temprano. Se asomó a la puerta. Dos de sus hijos, recién levantados, lo oían atentos, tirados sobre almohadones.

-No es hora de cuentos-casi gritó a los niños-. Vamos, vuelva a su habitación. Vamos, vamos. Y tú, apaga tu boca, no quiero ni un solo ruido cerca de mí. Descansa por hoy. Cállate. Descansa.

El relator cerró la boca. Le dolían las mandíbulas y tenía rasposa la garganta. Los niños de palacio lo obligaban a hablar todo el día, y ahora, con el hambre...

Hablar, decir, imaginar historias, siempre las mismas con otros nombres, gesticulando hoy más que ayer, para que nadie se aburra. La suya era una voz que a veces nadie atendía, pero que nadie quería estar sin escuchar, como un murmullo que se les hubiese hecho necesario, perenne y sordo. Miedo al vacío que es el silencio. Miedo a pensar a solas, quizá. O miedo a conversar. Y así pasaba horas enteras hablando para nadie en especial, siendo un sonido de fondo, como el río contra las grandes piedras, o como el mar.

El relator se sentó en el suelo, recostó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. La voz que inventaba los cuentos siguió hablando, pero ahora sólo para él. Le dijo lo que quería escuchar. Que era afortunado de contar cuentos en el palacio y no afuera, en el poblado. No porque los relatores no ganasen bien, incluso ahora, cuando las historias favoritas eran los mismos sucesos que se suscitaban en la Isla, tantas muertes crueles e injustas, como si una tra terrible se hubiese apoderado de todos. Recordó los tiempos en que las historias por contar eran fáciles, calmas, siempre heroicas, porque en las escuelas relatoras les enseñaban que un cuento debe formar a los pobladores y sobre todo a los jóvenes. Y les daban una lista de héroes donde escoger, que era como decir una lista de virtudes. El valor, la paciencia, el amor filial. En ese tiempo las historias favoritas eran las historias de amor. Las peripecias de los enamorados para encontrarse.